

LIBROS

48

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2019

José Emilio Pacheco
• RAMÓN LÓPEZ VELARDE.
LA LUMBRE INMÓVIL

María Gainza
• LA LUZ NEGRA

Claudio Lomnitz
• NUESTRA AMÉRICA. UTOPIA Y
PERSISTENCIA DE UNA FAMILIA JUDÍA

Inmaculada de la Fuente
• EL EXILIO INTERIOR.
LA VIDA DE MARÍA MOLINER

Armando González Torres
• LOS SIGNOS VITALES. ANACRONISMO
Y VIGENCIA DE OCTAVIO PAZ

Tom Wolfe
• EL REINO DEL LENGUAJE

Homero Aridjis
• EL TESTAMENTO DEL DRAGÓN



CRÍTICA

Dos poetas conversan



José Emilio Pacheco
RAMÓN LÓPEZ
VELARDE. LA LUMBRE
INMÓVIL
Ciudad de México, Era,
2018, 138 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Como Xavier Villaurrutia, Octavio Paz y Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco fue, además de singular poeta, un destacado crítico literario. Comenzó precozmente su carrera en la revista *Estaciones* de Elías Nandino con la publicación de puntuales reseñas que combinaban —y ese será su sello distintivo— la inteligencia con la erudición, el dato exacto y la pasión. Sí, pasión, porque, según George Steiner, la crítica surge de una deuda de amor.

Con justicia se afirma que José Emilio Pacheco fue el más alto exponente del periodismo cultural mexicano y que su columna (“Simpatías y diferencias”, en la *Revista de la*

Universidad de 1960 a 1963; “Calendario”, en *La Cultura en México* de 1964 a 1972, e “Inventario”, primero en *Diorama de la Cultura de Excelsior* de 1973 a 1976, y luego en *Proceso* de 1976 hasta 2014) en verdad contribuyó a sostener, con rigor e imaginación, el frágil edificio de la cultura nacional.

Semana a semana durante más de cuarenta años, “Inventario” dio cuenta de los sucesos más importantes en el ámbito cultural. No me refiero, por supuesto, a los discursos vacíos de los funcionarios ni a las inauguraciones de edificios o exposiciones, sino a lo esencial: la vida de los libros. “¿De qué debería informar el periodismo cultural? Lo dijo Ezra Pound: la noticia está en el poema, en lo que sucede en el poema [...] la verdadera vida literaria sucede en los textos maravillosamente escritos. Pero dar noticia de ese acontecer requiere periodistas que lo vivan, que sepan leer y escribir en ese nivel, con esa animación” (Gabriel Zaid, “Periodismo cultural”, *Letras Libres*, marzo de 2006).

En los “Inventarios” de Pacheco cabían la crónica, la narración, los diálogos imaginarios, poemas, traducciones, la crítica literaria, todo al servicio del periodismo, es decir, al servicio del lector. (En estos días circula ya en librerías la primera reedición de la monumental antología de *Inventario*, en tres tomos, en papel más ligero y con un utilísimo índice onomástico.) Material indispensable para todo aquel interesado en la vida cultural en México en los sexenios, para decirlo con Salvador Novo, de López Mateos a Peña Nieto.

La crítica, tal y como la practicó a lo largo de su vida José Emilio Pacheco, fue siempre un acto de amor, de amor al lenguaje en primer lugar, de amor a la literatura, de amor a la imaginación. Después de

su comienzo en *Estaciones*, Pacheco cimentó su prestigio como crítico meticuloso y agudo con la publicación de su *Antología del modernismo* (UNAM, 1970). Ahí Pacheco incluyó su primer ensayo, o mejor cabría decir, su primera aproximación a la vida y obra de Ramón López Velarde, “el poeta de nuestra miseria y de nuestra zozobra”.

Marco Antonio Campos reunió, en una pulcra edición, los textos que José Emilio Pacheco dedicó al poeta zacatecano. Dentro de la enorme bibliografía que la obra de López Velarde ha suscitado, *La lumbré inmóvil* destaca no solamente por la penetración crítica de Pacheco sino por la notable amplitud de sus registros. En esta compilación cabe, como en un inventario, el ensayo crítico (“López Velarde y la posesión por pérdida”, “La patria espeluznante”, “En los cincuenta años de ‘La suave patria’”), la investigación literaria (“Notas sobre una enemistad literaria: Reyes y López Velarde”, “López Velarde, Tablada, González Martínez: hoy es siempre todavía”, “Las alusiones perdidas [para un glosario de López Velarde]”, “Beckett, traductor de López Velarde”), el apunte biográfico (“Un poeta de la ciudad”, “Las prisioneras del Valle de México”, “López Velarde hacia ‘La suave patria’”), la crítica cultural (“La casa de López Velarde”), la ficción (“De los poetas muertos”, que imagina qué habría pasado si López Velarde no hubiera muerto en 1921 a los 33 años) y la poesía (“Ramón López Velarde camina por Chapultepec” y “Caracol”). Este laberinto textual tiene un centro. En él, el poeta Ramón López Velarde y el poeta José Emilio Pacheco se encuentran y se dan la mano: “Nunca habrá nadie / igual que tú, / semejante a ti, / hondo

desconocido en tu soledad / pues, como todos, / eres lo que ocultas.”

El asedio crítico de Pacheco a la obra de López Velarde rindió sus frutos sobre todo en dos ensayos: “La posesión por pérdida” y “La patria espeluznante”. Lo sitúa, en primer lugar, como hijo de su tiempo: López Velarde fue un poeta de la Revolución. Del mismo modo que los novelistas de la Revolución (Azuela, Guzmán, Urquiza, Muñoz) no mostraron el lado luminoso sino el lado más oscuro de la gesta social, López Velarde es el poeta que no canta (“a la manera gutural del bajo”) sino que se lamenta de los saldos ominosos de la Revolución. Es, en este sentido, un poeta reaccionario. En términos literarios no forma parte, como otros de sus contemporáneos, de la vanguardia, “se parece más a los poetas del novecientos”. No puede decirse que sea “el último de los modernistas” porque ese título le conviene más a Enrique González Martínez, que lo sobrevivió.

La fama, según Rilke, es una suma de malentendidos. Por ellos se piensa en López Velarde como un poeta popular, como un poeta que cantó a la Revolución. El equívoco inicial lo provocó Álvaro Obregón. José Vasconcelos, entonces secretario de Educación, había corrido a verlo para pedirle apoyo económico para el entierro del joven poeta. En la mano llevaba un ejemplar de *El Maestro*, la revista del magisterio que circulaba con un gran tiraje, que en sus páginas incluía “La suave patria”. Vasconcelos, para convencer al presidente-general, le leyó el poema. En la siguiente reunión con sus ministros, Obregón repitió el poema de memoria. De ahí nació el equívoco de su fama.

López Velarde es “un poeta de gran complejidad”, “entre los nuestros es el que exige mayor colabo-

ración del lector y conocimiento previo del lenguaje poético”, “es un poeta para poetas”. Borges, que se sabía de memoria “La suave patria”, lo juzgaba muy superior a Leopoldo Lugones.

Esa fama equívoca, que lo ha llevado a ser confundido con un poeta popular, lo quiere ver también como un poeta del “amor amoroso de las parejas pares”, cuando en realidad, como lo muestra Pacheco, “la muerte recorre toda la poesía de López Velarde”. No es un poeta “patriótico”, al contrario, sus poemas “si algo celebran son el erotismo –el uso no biológico de la sexualidad– y la necrofilia”.

López Velarde pasó su breve vida, literalmente, en la zozobra, “dividido entre el falso edén de la vida provinciana durante el porfiriato y el porvenir sin rostro”. Para el poeta la pasión por la mujer se transformó en el mito de la Mujer, “que es todas las mujeres y también el alma del mundo”. La provincia, que López Velarde había perdido al trasladarse con su familia a la capital, la recuperó primero a través de las mujeres provincianas que también se habían mudado a la ciudad y a las cuales no pudo convertir en sus amantes “para no atentarse contra la pasión original bajo los estragos de la domesticidad”. La amada, transfigurada, asume entonces “los rasgos de la muerte”. De este modo, López Velarde encarna “la posesión por pérdida, que es el núcleo secreto de su poesía”.

Tras la publicación de *La sangre devota* en 1916, instalado en la capital del país, “quiso triunfar como todos: abogado, periodista, profesor, político muy cercano al secretario de Gobernación”. Tenía un problema: ¿cómo conciliar esas ocupaciones con su trabajo de poeta? ¿Cómo lograr la respetabilidad si escribía

poemas eróticos y, aún más, necro-fílicos? Gabriel Zaid, recuerda Pacheco, afirma que “la oscuridad” de la poesía de López Velarde fue una forma de conservar sus trabajos. “La necesidad de discreción lo llevó a hacer lo que nadie había hecho [...] forzó el vocabulario modernista hasta hacerlo otra cosa.” Fue en ese periodo que López Velarde escribió *Zozobra*, *El son del corazón* y *El minuterio*, “los tres libros supremos de la poesía mexicana entre 1920 y 1932”.

“La suave patria”, cuyo misterio “no se ha agotado y aún invita a toda clase de interpretaciones”, fue el modo que se le ocurrió a López Velarde “para reconciliarse con los vencedores”. En ese poema “los valores morales y estéticos de la sociedad agrícola se instauran contra la civilización urbana”. En otras palabras, reniega del progreso y propone “que la nación regrese a las haciendas patriarcales”. Para López Velarde “la patria es su provincia, la provincia es la tierra y la tierra es la mujer amada”. Todo esto, claro, en el terreno de la imaginación poética. En 1920, con el cuartelazo obregonista, acabaron sus ilusiones. El México que él amaba estaba muriendo. El fracaso de su esperanza, concluye Pacheco, “se liga a la convicción católica de que no hay redención en la tierra”.

En “La suave patria” López Velarde intentó la épica que lo reconciliara con el futuro (con los revolucionarios en el poder), pero en vez de eso escribió un poema íntimo, oscuro, enigmático, más erótico que filial.

López Velarde murió el 19 de junio de 1921. No es posible saber si en el futuro se seguirá leyendo. Eso lo dirá la posteridad, pero la posteridad somos nosotros. La posteridad se construye con lecturas y relecturas

y con libros como *La lumbre inmóvil*, en el que dos poetas se dan la mano y conversan. ¿De qué hablan? De poesía, por supuesto. Desde la eternidad literaria nos contemplan y nos dicen: “Aquí estuvimos, / reemplazando a los muertos, / y seguiremos / en la carne y la sangre / de los que lleguen.” —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



NOVELA

Más verdadero que lo auténtico



María Gainza
LA LUZ NEGRA
Barcelona, Anagrama,
2018, 144 pp.

PATRICIO PRON

A William Hogarth (es decir, a Moses Mendelssohn) le debemos la idea de que todo lo que había de “shakesperiano” en el mundo ya fue hecho por William Shakespeare. ¿Qué sucede, sin embargo, con el deseo de “continuar leyendo” al bardo? ¿Y con los que aspiran a escribir tragedias que desmientan la afirmación del pintor inglés (es decir, del coautor de “El papa, un metafísico”)? A menudo considerada una actividad espuria y perseguida judicialmente, pero promovida (o al menos tolerada) por el negocio del arte, la falsificación puede ser vista también como una manera de perpetuar y ampliar la obra de ciertos artistas; la demostración de que (digámoslo así) no todo lo shakesperiano fue escrito por William Shakespeare, como parecen haber creído William Henry Ireland,

Samuel Rowley y Robert Greene, entre otros.

Una parte considerable de los problemas que hacen a la valoración de la obra de arte confluyen en la falsificación: el de qué es un autor, el de a quién le “pertenece” esa obra, el de qué es la “originalidad” y cómo puede ser evaluada si no es en relación con otros elementos (que ponen su pretensión de exclusividad en entredicho), el de cómo se cierra una obra artística y quién lo determina; por último, el de los vínculos siempre problemáticos entre arte y verdad, entre arte y moral dominante, entre arte y dinero.

La nueva novela de María Gainza aborda todas estas cuestiones a través del relato de una narradora que se instala en un hotel parisino para escribir acerca de su “crimen” o (más bien) “crímenes”: contribuir a hacer pasar por auténticas obras falsas cuando trabajaba en la oficina de tasación de un banco, producir un catálogo espurio para una subasta, reseñar exhibiciones para otro crítico, convertir el intento de biografía de una artista marginal y sin obra en algo mucho más importante y personal pero inacabado; negarse, por último, a creer en exceso en una inmanencia del arte cuya estela se disipa en cuanto se la observa detenidamente. Gainza tiene un estilo a primera vista ligero que sirve bien a la historia que desea contar y un especial talento para escoger aquellos detalles que mejor caracterizan una situación y a un personaje. (Como esa “bañadera de mármol italiano”, “el escritorio Louis XVI [y] una cama ancha como una balsa y bombones envueltos en papel dorado incrustados sobre las almohadas como diamantes falsos en la nieve” que la narradora enumera para describir su habitación de hotel, pero también para fundar

una mirada sensible y no ajena a las inflexiones de clase, al comienzo de la novela.) Pero la ligereza del relato es solo aparente (de hecho, es una falsificación más de las que se presentan bajo *La luz negra*) y aquí y allá el relato permite atisbar la presencia de una carga mayor, expresada en epigramas que invitan a la práctica del *commonplace book*: “Rara vez un hombre le propone algo a una mujer sin que ella, minutos antes, no lo haya intuido”, “Tal vez la realidad sea siempre demasiado ruin para que quede constancia de ella”, “¿No son nuestras debilidades más hermosas que nuestras fortalezas?”.

Algo en *La luz negra* evoca la felicidad y la melancolía de las “novelitas” de Adolfo Bioy Casares, pero su interés por la falsificación y el registro documental de un juicio por estafa (en el capítulo “Un tal señor Ramos”) remiten a la obra de ficción de Ricardo Piglia, y personajes como la pintora Mariette Lydis, Enriqueta Macedo (“la recta e inabordable Enriqueta Macedo” que durante cuarenta años hace pasar por auténticas obras de arte falsas si son buenas, y por una comisión), el impenetrable pero fiel Lozinski (que nunca se desprende de su uniforme militar) y muchos de los que la narradora entrevista para reconstruir la vida de La Negra (y con ella, cierta escena artística porteña de la segunda mitad de la década de 1960) vinculan a su autora con las máquinas célibes que retrató Juan Rodolfo Wilcock. “¿Una buena falsificación no puede dar tanto placer como un original? ¿En un punto no es lo falso más verdadero que lo auténtico? ¿Y en el fondo no es el mercado el verdadero escándalo?” Las preguntas hechas en este libro son (en un punto) muy simples de responder; por otra parte, hacerlo es complicadísimo. Gainza lo consigue en esta

muy buena novela, que ratifica las numerosas insinuaciones de *El nervio óptico* (la obra anterior de su autora) y es uno de los libros más disfrutables de este año. —

PATRICIO PRON (Rosario, 1975) es escritor. En 2018 publicó el libro de relatos *Lo que está y no se usa* nos fulminará (Literatura Random House).



MEMORIAS

Testimonios del americanismo judío



Claudio Lomnitz
NUESTRA AMÉRICA.
 UTOPIA Y
 PERSISTENCIA DE UNA
 FAMILIA JUDÍA
 Ciudad de México, FCE,
 2018, 336 pp.

RAFAEL ROJAS

Claudio Lomnitz ha encontrado la voz precisa para narrar la historia de su familia. Tres generaciones judías —la de sus bisabuelos, sus abuelos y sus padres— desplazadas en las décadas centrales del siglo pasado entre Alemania, Rumania y Ucrania y diversas ciudades latinoamericanas: Lima, Tuluá, Cali, Manizales, Medellín, Bogotá, Santiago de Chile, México DF... Unas memorias que encapsulan la historia de los judíos en el siglo XX, entre la Revolución rusa y la Guerra Fría, pero también la menos conocida de los diálogos entre la izquierda hebrea y el socialismo latinoamericano.

Durante todo el siglo XX, antes y después del Holocausto, los exilios judíos en América Latina, especialmente los de izquierda, debieron enfrentar el dilema de la integración a culturas nacionales en contextos donde el nacionalismo, a diferencia de la Europa de entreguerras, giraba

en la órbita de los movimientos progresistas y antiimperialistas. Si en Alemania o en Rumania, de donde procedían los abuelos de Lomnitz, la defensa de la identidad judía chocaba con los ascendentes nacionalismos antisemitas, en América Latina formaba parte de las redes internacionales de un socialismo combatido por las derechas locales.

Luego de una reconstrucción muy documentada del antisemitismo en Novoselitsa, Besarabia, en la frontera entre Rumania y Ucrania, Lomnitz narra el primer exilio de su abuelo, Miguel Adler, al Perú de José Carlos Mariátegui. Dice el historiador que, paradójicamente, su abuelo emigró a dicho país poco después de que en Rumania se aceptaran constitucionalmente los derechos civiles de la comunidad judía. Un reconocimiento tardío que no contuvo la avalancha antisemita que recorría el centro de Europa sino que acaso la aceleró, y que provocó como reacción la difusión de un sionismo de izquierda.

Es fascinante la forma en que Lomnitz reconstruye los trabajos de sus abuelos, Miguel Adler y Lisa Noemí Milstein, en el círculo de Mariátegui en Lima. Ambos serían los principales traductores del alemán y el ruso en *Amauta*, la revista de Mariátegui, a quienes probablemente debamos las versiones en castellano de Sigmund Freud y León Trotski que aparecieron allí. La mayoría de las traducciones de *Amauta* no aparecían firmadas, como era usual en las publicaciones latinoamericanas hasta principios del siglo XX, pero sabemos que en el número 16 —julio de 1928— apareció una semblanza del escritor comunista francés Henri Barbusse escrita por I. V. Anisimov y “traducida directamente del ruso por Miguel Adler”.

Como prueba Lomnitz con documentos hasta ahora desconocidos, la cercanía de sus abuelos con Mariátegui fue responsable, en gran medida, del involucramiento del marxista peruano en los debates sobre el nacionalismo judío. En la revista *Repertorio Hebreo* —fundada por Adler en 1929 y de la que por desgracia solo llegó a editar tres números— apareció el ensayo de Mariátegui “Israel y Occidente; Israel y el mundo”, en el que el pensador peruano definía una postura sobre la vieja “cuestión judía”, debatida por Karl Marx y Bruno Bauer en el siglo XIX.

Aunque citaba a Marx como “profeta”, Mariátegui estaba más cerca de Bauer, toda vez que consideraba el judaísmo como un movimiento internacional anticapitalista, que no podía limitarse a la reivindicación nacional: “Israel no puede renegar de la cristiandad ni renunciar a Occidente, para clausurarse hoscamente en su solar nativo y en su historia precristiana.” Adler, con mayores reservas nacionalistas, llegaría a coincidir con Mariátegui, como se plasma en el ensayo “Un Estado judío en Palestina”, aparecido en el número tercero de *Repertorio Hebreo*, en el que sostenía que “sionismo y comunismo no se excluyen” y proponía la creación de un Estado independiente en Palestina basado en el régimen de los soviets.

Adler y Milstein velaron a Mariátegui en su lecho de muerte, en la Clínica Villarán de Lima en abril de 1930, y debieron enfrentar el duelo en medio de un recrudecimiento de la represión anticomunista y la xenofobia antisemita, tras el golpe de Estado de Luis Miguel Sánchez Cerro. Perdida la utopía limeña, los Adler-Milstein iniciarían un peregrinaje que los llevaría de Colombia, donde se

casaron, a París, y de ahí, de vuelta a Novoselitsa, donde sufrirían en carne propia los pogromos y la barbarie nazi. Los bisabuelos de Lomnitz, Leah y Hershel, murieron de disentería y tifo en el campo de concentración de Bershad.

Luego vendrían la vuelta de los abuelos a Colombia y una nueva aventura intelectual, la revista *Nuevo Mundo* fundada y dirigida por Adler en Bogotá, a principios de los años cuarenta. Adler, que había estudiado etnología con Paul Rivet en el Palacio de Trocadero en París, abrió la revista a colaboradores como el escritor indígena Agustín Tisoy, en una muestra más del latinoamericanismo judío que distinguía a aquellos intelectuales. La pareja se involucró también en la creación del Instituto de Amistad Colombiano-Soviético, disuelto luego del “bogotazo” en 1948 y la revuelta que siguió al asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. La antropóloga Larissa Adler Milstein, entonces una joven colegiala, fue testigo de la agitación en las calles de Bogotá.

En esa estación del largo éxodo de sus abuelos, Lomnitz articuló una reflexión de gran valor para comprender el prosovietismo de una parte de la izquierda judía en América Latina. Algo atraía poderosamente de la URSS a esos socialistas y era que el modelo federal y consejista de organización del Estado permitía preservar el marco identitario judío dentro de la ley soviética de nacionalidades. Pero a la vez, Adler y Milstein, mariateguistas al fin, no ocultaron simpatías por León Trotski y cuestionaron de manera abierta los rebrotes antisemitas bajo el estalinismo.

En 1949, justo cuando arrancaba la Guerra Fría y un anticomunismo de derechas militaristas y católicas arraigaba en Colombia y otros

países latinoamericanos, los abuelos de Lomnitz se trasladaron a Israel. Allí, en el kibutz Ramot Menashe se conocerían los padres del autor: el científico Cinna Lomnitz y la antropóloga Larissa Adler. Él venía de Chile y ella de Colombia, y tras casarse en Israel iniciarían una peregrinación de vuelta por América Latina que los llevaría a esos países pero también a la Universidad de Berkeley y, finalmente, a México, donde se afincaron desde 1968.

Es un acierto que el Fondo de Cultura Económica haya publicado este libro, titulado *Nuestra América*, en su colección Tierra Firme. El título evoca una larga tradición en el pensamiento latinoamericano, desde el chileno Francisco Bilbao, que utilizó la expresión a mediados del siglo XIX, hasta el cubano José Martí en 1891 y el argentino Carlos Octavio Bunge en 1903, que le dedicaron ensayos filosóficamente contrapuestos. Con su *Nuestra América* Lomnitz sostiene que las identidades, al ser apropiadas, se reinventan. Hay también una “América nuestra” en aquella izquierda judía que hizo suyo este continente. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.



BIOGRAFÍA

Historia de una vida ordenada



Inmaculada de la Fuente
EL EXILIO INTERIOR. LA VIDA DE MARÍA MOLINER
Madrid, Editorial Turner
Noema, 2018, 368 pp.

MERCEDES CEBRIÁN

De la necesidad de rescatar a las mujeres cuyos aportes a la ciencia y las artes fueron esenciales pero poco reconocidos en su momento, la industria editorial ya ha hecho eco. Un ejemplo pertinente es esta biografía de María Moliner, a cargo de la periodista y escritora Inmaculada de la Fuente. *El exilio interior* apareció en 2011 pero se reeditó recientemente, tras cumplirse los cincuenta años de la publicación de la obra que ocupó gran parte de la vida de la bibliotecaria y lexicógrafa panicense: su *Diccionario de uso del español* (DUE), elogiado con entusiasmo por Gabriel García Márquez.

A María Moliner se le han rendido varios homenajes artísticos: el del dramaturgo Manuel Calzada Pérez en su obra teatral *El diccionario*, dirigida por José Carlos Plaza y estrenada en el teatro de la Abadía de Madrid en 2012, o el de la cineasta Vicky Calavia en su premiado documental *María Moliner: tendiendo palabras*; pero faltaba una biografía de la filóloga panicense, y para colmar esa laguna aquí tenemos esta obra, a medio camino entre la historia y la novela, como es propio de este género.

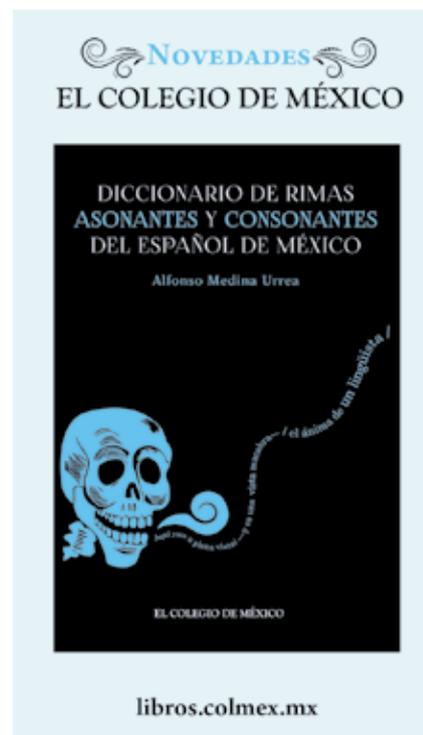
Es oportuno recordar que las biografías no solo hablan de la persona cuya vida relatan, sino también de la sociedad en la que vivió

su protagonista. En el caso que nos ocupa, tener esto presente durante la lectura de *El exilio interior* resulta particularmente fructífero para comprender en profundidad los aspectos socioculturales de la España de las décadas anteriores a la democracia. No hay que engañarse: la vida de María Moliner fue dura, sacrificada y carente de glamur. Nada de viajes al extranjero ni tórridas aventuras amorosas, pues se casó en 1925 con Fernando Ramón y Ferrando y permaneció junto a él hasta el fallecimiento de este en 1974. María Moliner fue una mujer de perfil bajo en una realidad en la que lo normal —y exigible— era que las mujeres se limitaran a ser amas de casa, madres y, si acaso, desarrollaran una profesión que no las distrajesen demasiado de estos otros deberes. De ahí que el académico de la RAE Alonso Zamora Vicente, si bien no apoyó la candidatura de María Moliner de ingreso en la Academia, elogiase después su “modestia y recato ejemplares”.

Moliner vivió su juventud durante la República y a los treinta y nueve años fue testigo, desde el balcón de su casa de Valencia, del fin de la Guerra Civil —es decir, de la entrada de las tropas franquistas en la ciudad—, cuando ya era madre de sus cuatro hijos. A partir de ahí, según narra De la Fuente, comenzó su exilio interior: fruto de la depuración franquista descendió varios puestos en su escalafón profesional y tuvo que dejar su cargo en la biblioteca de la Universidad de Valencia para volver a su tedioso trabajo en el Archivo de Hacienda. En 1946, ya en Madrid e instalada en su nuevo puesto como directora de la biblioteca de la Escuela de Ingenieros Industriales, comenzó su meticulosa labor de redacción del DUE.

Solo en el último tercio de esta biografía el relato de Inmaculada

de la Fuente se centra en las vicisitudes de elaboración de la obra por la que María Moliner ha pasado a la historia de la cultura. Previamente asistimos a su recorrido intelectual y profesional, y para crear interés sobre la trayectoria vital de la autora del DUE, De la Fuente se ha documentado acudiendo a todas las fuentes posibles: declaraciones de la propia Moliner, de sus familiares y amigos, así como cartas y material burocrático de archivo que nos informan de sus traslados, pérdidas de puestos en el escalafón de funcionarios y reincorporaciones laborales. Impresiona el pliego de cargos contra ella que se reproduce en el libro y que sirve como inicio para la segunda de las dos partes de la biografía, enfocada en la vida de Moliner a partir del fin de la Guerra Civil. De manera indirecta, el texto rinde también homenaje a todas esas figuras de la resistencia intelectual que no tuvieron la oportunidad



de exiliarse y que, durante el franquismo, trataron de contribuir a la educación y cultura españolas en la sombra. Algunos nombres que desfilan por el texto son los de Teresa Andrés, Tomás Navarro Tomás o María Sánchez Arbós, vinculada a la Institución Libre de Enseñanza y encarcelada durante la dictadura.

La parte final, centrada en la elaboración y publicación del DUE, nos presenta a una María Moliner sin habitación propia en la que trabajar con sus fichas, aunque resignada a dicha situación. También nos muestra la difícil situación de las mujeres intelectuales de la época, como denunció Josefina Carabias en su columna del diario *Ya* al anunciarse que Moliner era una de las candidatas para ingresar en la RAE en 1972.

Son particularmente expresivos los informes de María Moliner a sus superiores cuando en 1935 se encargó de visitar las bibliotecas de las escuelas de toda la provincia de Valencia. Así describe la biblioteca de la escuela de la localidad de Albal y su ambiente: “Director, viejo; maestro encargado de la biblioteca, viejo. Todo en la escuela huele a ranciedad. Cobran diez céntimos por cada libro que prestan. Dicen que si no lo hicieran mucha gente pediría por pedir, y eso da mucho trabajo... Para trabajo el que cuesta convencerles de que no deben hacerlo.”

Si bien Moliner era consciente de su perfil bajo, y así lo deja caer ella misma en la carta a su hijo Fernando el 20 de noviembre de 1972, donde le cuenta el alivio que siente al no haber sido elegida académica y le hace ver por qué ha estado tan mediáticamente expuesta durante el proceso de selección (“Naturalmente, la explicación está en que, en el aburrimiento general de la gente de pluma en esta nuestra bendita España, se agarraban como un

clavo ardiendo al bonito tema de la señora recoleta que había hecho un diccionario que es el que usan los académicos”), a lo largo de esta biografía nos queda también claro que la “señora recoleta” mostraba su desparpajo y agudeza siempre que la sociedad de su tiempo se lo permitía. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2017 reeditó su libro *Mercado común* (La Bella Varsovia).



CRÍTICA

Vivir, matar, revivir al padre



Armando González Torres
LOS SIGNOS VITALES.
ANACRONISMO
Y VIGENCIA DE
OCTAVIO PAZ
Ciudad de México,
Libros Magenta, 2018,
122 pp.

KAREN VILLEDA

Si en *Las guerras culturales de Octavio Paz* (Colibrí, 2002; Colmex, 2014) Armando González Torres había hecho una revisión minuciosa de la figura pública del Nobel mexicano y sus controversias con los representantes de diferentes generaciones, su volumen más reciente extiende el análisis y evalúa el impacto que ha tenido en estos veinte años una obra todoterreno, que “va desde la teoría literaria hasta la historia, la antropología y la política, pasando por la crítica de artes plásticas”.

González Torres ha querido mostrar en su segundo libro dedicado al poeta “la influencia y los pujantes signos vitales de Octavio Paz en la cultura contemporánea”. Este rastreo incluye los inicios de Paz (su niñez, sus primeras amistades, su primer amor), sus rasgos de personalidad (dominada por ideas

estéticas y opiniones políticas), sus afinidades más íntimas (sor Juana Inés de la Cruz, Albert Camus), su labor como “polemista político”. El autor toma como punto de partida los libros y artículos que se han escrito sobre Paz desde su muerte en 1998 (e incluso su aparición como personaje en *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño) para emprender un profundo análisis de esas huellas. En las últimas décadas no ha habido otra figura en México como la de Paz, nos advierte González Torres, alguien que haya tenido un “éxito notable en la tarea de crear un estilo literario y de pensamiento, así como de establecer una identidad y un capital cultural”.

La bibliografía que rodea al Nobel mexicano parece inacabable y no deja de crecer. Sin embargo, en *Los signos vitales* el lector podrá encontrar un recuento puntual y condensado de gran parte de esos libros, en un estilo que combina la reflexión crítica con el rigor y que no tiene concesiones al momento de abordar tanto la obra de Paz como lo que de ella se ha escrito. Entre los títulos que trata este volumen se encuentran piezas biográficas como *Octavio Paz en su siglo*, de Christopher Domínguez Michael; análisis críticos como *El poema como caminata*, de Hugo J. Verani; o ensayos combativos como *La sombra del tiempo*, de Jorge Aguilar Mora.

En “Padres e hijos”, el segmento dedicado a la vida del poeta, González Torres traza una genealogía que permite entender el ascenso del hijo de Josefina Lozano y Octavio Paz Solórzano, un escritor, político y periodista, que fundó el Partido Nacional Agrarista y fue secretario de Gobierno del estado de Morelos. A su vez, “Afinidades y querencias”, la parte centrada en las influencias de Paz, examina su

faceta de “pensador ecléctico, abierto a todas las ramas del saber, cuyas influencias no siempre hizo explícitas y acaso a veces ni siquiera conscientes”. En el último apartado, “El poeta y el pugilista”, se aproxima a las polémicas de Paz y también a los malentendidos alrededor del hombre público. Convencido de que las figuras intelectuales sufren una deformación en la percepción general debido al “bronce del elogio fácil” o el “lodo de la maledicencia”, González Torres asegura que en México “la asimilación y discusión sería de la obra y la figura pública [de Paz] pasó a segundo plano una vez que el escritor se convirtió en un polo del debate ideológico”.

Una vez que ha discutido los pormenores biográficos, los atributos de su obra y la labor de Paz como editor y fundador de *Plural* y *Vuelta*, en la recta final de su libro González Torres se adentra en su propia relación con el poeta: “No sé si me acerqué al poeta amoroso [...] o descubrí asombrado al poeta en prosa [...] o, simplemente, vi en un programa de televisión al tan irascible como deslumbrante expositor.” Es también aquí donde el autor sugiere que su generación, aquella que nació en la década de los setenta, fue la última que vivió la plenitud polémica de Paz, una aseveración que todavía está por corroborarse.

Más que realizar una serie de brillantes comentarios a la bibliografía crítica de uno de los más grandes escritores hispanoamericanos, González Torres honra en este libro los siguientes versos de Paz: “Yo no escribo para matar al tiempo / ni para revivirlo / escribo para que me viva y reviva.” Esta renovación traspasa fronteras porque la poesía y los ensayos de Paz siguen cosechando frutos que todavía falta recoger. La más reciente entrega de González Torres

es un recordatorio de que el “fenómeno de la posteridad” de Octavio Paz necesita de lectores críticos: “su obra está llena de enigmas”, nos dice el autor, “cuyo desciframiento requiere [...] un sano parricidio”. *Los signos vitales* es, primordialmente, el testimonio abierto de un Octavio Paz para el futuro. —

KAREN VILLEDA es poeta y ensayista. El año pasado Almadía publicó su libro *Visegrad. Microensayos literarios de Hungría, Polonia, República Checa*.



ENSAYO Tom Wolfe y el darwinismo



Tom Wolfe
EL REINO DEL LENGUAJE
Traducción de Benito Gómez Ibáñez
Barcelona, Anagrama,
2018, 184 pp.

JUAN MALPARTIDA

He esperado unos meses para comentar este libro de Tom Wolfe sobre la naturaleza del lenguaje, lo que me ha permitido observar algunas reacciones en prensa (pocas: se trata de un tema importante pero que interesa a pocas) y algunas otras de lectores amigos, todos ellos a favor de la tesis de Wolfe, que no es otra que oponerse a la célebre de Chomsky y otros consistente en que hay una transmisión genética en la base gramatical del lenguaje común a todas las lenguas, y eso explicaría que fueran comprensibles entre sí, a pesar de su variedad y, en ocasiones, falta de contacto, y, finalmente, que cualquier persona pueda aprenderlas en la más temprana infancia.

El tono del libro es muy propio del autor, que se despidió de

este inconcebible universo (pero comprensible hasta donde nos dan las meninges) con esta obra atrevida, pugnante y algo tramposa. Es un libro muy esquinado contra Charles Darwin, por razones que trataré de desbrozar enseguida y que se sintetiza en qué es lo que nos hace humanos en relación al mundo animal. En la filosofía medieval, y hasta la Reforma, la diatriba sobre el libre albedrío fue tan rica como encarnizada. Esa fue la polémica entre Erasmo (que además era una buena persona) y Lutero (que era un bicho fanático). La libertad es un tema complejo, y en nuestro tiempo, en relación a las investigaciones neurocognitivas, se han propiciado nuevas facetas y reacciones diversas. No es un tema fácil ni del que podamos desprendernos, al fin y al cabo está relacionado con nuestra responsabilidad hacia los otros. Tom Wolfe inicia su libro con el viejo asunto del codescubrimiento de la evolución por Alfred Wallace y Charles Darwin. Wolfe los sitúa socialmente: el primero, hijo de un abogado arruinado, se ganaba la vida con sus exploraciones en las que acumulaba cantidades de animales que luego vendía; Darwin era un caballero británico que no tuvo que trabajar nunca. Desde su viaje en el *Beagle*, este trabajaba incansablemente en una investigación tan amplia como minuciosa para demostrar lo que ya pensaba por entonces: las especies no son entidades fijas desde su inicio, y toda vida está sujeta a una evolución cuyo mecanismo es la selección natural que privilegia al más apto (mejor adaptado al medio). Bien, el papamoscas de Wallace envió en junio de 1858 una carta con un pequeño manuscrito a Darwin, quien tras leerlo quedó pasmado: ahí afirmaba lo mismo

que él, pero en veinte páginas. Era, afirmó, como si hubiera estado leyendo su mente. Darwin lo consultó con su amigo el gran geólogo Lyell y escribió un texto para publicarlo junto con el de Wallace en la Linnean Society, sin consultar a Wallace, que vivía bien lejos de Europa. Como todo el mundo sabe, hoy día se atribuye a ambos el descubrimiento, aunque Wallace luego tuviera otras opiniones y ocupaciones intelectuales, y una obra mínima. Es indudable que su obra nunca tuvo la complejidad y profundidad de la de Darwin, como él mismo reconocía desde el principio. No vale la pena defender a Darwin de las ironías de Wolfe, creo que son insostenibles, salvo para pavonearse un poco con observaciones tan fáciles como inanes. Pero, y aquí viene el asunto, Wallace afirmó que la capacidad abstracta del ser humano y sus derivados (“concepciones ideales de espacio y tiempo, de eternidad y finitud”) no tenía que ver con la selección natural, que, según nos aclara el viejo dandi, solo “podía hacer que la especie se adaptara lo suficiente para sobrevivir, físicamente, en la lucha por la vida”. En cuanto al lenguaje, llevó a Wallace a perder un poco la cabeza con el espiritismo, y a Darwin a pensar que tenía que tener alguna analogía animal, y sospechó que tenía su origen en el canto de los pájaros, además de que la protolengua persiste en los sonidos que hacen las madres (también los padres) a sus hijos bebés. No tienen sentido ni vocabulario, pero denotan afectos y por lo tanto ciertos significados. Muchos se vieron ensalzados en la polémica sobre el origen de las lenguas, y sobre una lengua común. Darwin seguía sosteniendo, aunque no tuviera pruebas,

solo observaciones e intuiciones, que todo ese mundo elevado del hombre —que Wallace y otros como Max Müller separaban del animal (corte epistemológico, negación de la naturaleza)— tenía un apoyo evolutivo. Añadiendo noticias que en buena parte toma Wolfe de su colaboradora en este libro, Christina Verigan, e interpreta a su manera —y se ve que aunque es un hombre inteligente muchas le son nuevas y no son lecturas lentas y de primera mano—, dice cosas como que el descubrimiento relativo a la herencia de Mendel fue una mala noticia para la teoría de la evolución... Sabido es que tan importante descubrimiento del monje no tuvo publicidad hasta 1900, y que Darwin no supo de tales pruebas (aunque había recibido una copia del artículo, que se encontró en sus archivos sin leer), pero sin duda se habría alegrado al ver *confirmadas* sus ideas. Wolfe afirma, para espanto de verdaderos científicos naturalistas conocedores de la obra de Darwin, que “en comparación con la teoría genética, la Teoría de la Evolución no parecía ciencia sino una serie de desordenadas conjeturas, pastosa y aguada con goteras por todas partes”.

Y llegamos a Chomsky y su gramática generativa, que reformuló en varias ocasiones desde 1967. El famoso lingüista llamó a nuestra natural capacidad para aprender una lengua “Dispositivo de Adquisición del Lenguaje” (LAD). Para decirlo con otras palabras y centrarlo en la preocupación del libro de Wolfe: hay una disposición hereditaria que no sería cultural sino genética, aunque sin la cultura (transmisión y aprendizaje social, de generación a generación) no se daría. Sus ideas tuvieron tanto adeptos como detractores (Pinker

en los dos lados, a quien, por cierto, cita de pasada, como si eso fuera posible hablando de este tema, lo cual demuestra que solo se acercó con prejuicios al asunto), y más tarde Chomsky elaboró una nueva idea que tenía la misma intención: lo universal en toda lengua, y que debe tener un origen genético, es la “recursividad”, consistente en poner un pensamiento, una frase, dentro de otra, en una serie que puede ser interminable.

Aquí aparece el lingüista y antropólogo Daniel L. Everett y su investigación sobre una pequeña tribu de la cuenca amazónica de Brasil, los pirahã, cuya lengua tiene el mismo nombre. Es la obra central que motiva el libro de Wolfe. En breve: Everett demuestra que la lengua pirahã carece de recursividad. Nada más terminar el libro de Wolfe leí el de Everett, *No duermas, hay serpientes. Vida y lenguaje en la Amazonia*. Lo que nos dice Wolfe es que es la cultura distintiva de los pirahã “la que estructura la lengua, no el ‘órgano del lenguaje’ ni la ‘gramática universal’”. Diré de pasada que, fiel a cierta verborrea artística de Wolfe, no duda en contar algunas aventuras de Everett y su familia en la Amazonia, de manera tan extensa e innecesaria que solo muestra que se sintió admirado ante tal episodio muy bien contado por el mismo Everett en su libro. Estaba haciendo un libro y había que engordarlo un poco, aunque la enfermedad de la mujer del lingüista y su peripecia en un barco camino a un hospital solo tenga sentido en el libro de Everett. No entraré en el fanatismo inicial de este metodista que llegó a esta tribu para predicar la Biblia, y que llevó a su mujer y sus dos hijos pequeños consigo a un lugar totalmente aislado a convivir durante años con una tribu con

una cultura cazadora-recolectora, sin ninguna noción numérica, salvo “poco y mucho” y con una noción de tiempo sin pasado ni futuro. Además, desconocían la música y la danza. Como Castaneda con los indios yaquis, Everett fue conquistado por la *otra cultura* y se hizo ateo. Vayamos al lenguaje. Everett publicó, una vez aprendida la lengua (que nadie más habla en estos días), un artículo en *The New Yorker* donde contaba cómo era la lengua pirahã y, para enfurecimiento de Chomsky, que no poseía recursividad, luego era una excepción que hacía falaz su célebre teoría. Wolfe denuncia las maniobras de Chomsky para neutralizar a Everett, y ahí aparecen las malas artes que algunos científicos y padres de teorías usan a veces para seguir siendo padres. Así que Wolfe se da la enhorabuena y afirma que con eso se demostraba que el lenguaje no tiene nada que ver con la evolución, y que es un artefacto. Naturalmente, Everett tuvo defensores, y el antropólogo evolutivo Michael Tomasello salió a la palestra para afirmar “que la gramática universal, fruto de la evolución biológica con contenido lingüístico, es un mito”. A estas alturas del libro, Wolfe ya está exaltado, y afirma con un tono algo gritón que “el habla es un producto humano [lo que es cierto]. Es un artefacto, y justifica la supremacía del hombre sobre los demás animales de un modo que la Evolución nunca podrá explicar por sí sola”. La supremacía... ahí está la cuestión y la falta de finura intelectual de un hombre inteligente y culto, quién lo duda. Pero no basta. ¿Por qué Tomasello? Este antropólogo es autor de *Los orígenes culturales de la cognición humana*, una obra valiosa y controvertida. Que hay una gran

diferencia entre la capacidad cognitiva de un delfín o un chimpancé y un ser humano es algo que no duda nadie, y el problema viene cuando tratamos de describir las diferencias y valorarlas. Wolfe cita a numerosos psicolingüistas, pero lo que él quiere es darse la razón y por eso afirma, con Everett, que el lenguaje como artefacto humano es “exactamente igual que una bombilla o un Buick”. En su orgullo antropocéntrico, en su repulsa a que el lenguaje pueda tener algo que ver con la evolución, alcanza momentos algo groseros intelectualmente, algo que su admirado Tomasello no se permitiría. Oigámoslo: “El hombre, el hombre sin ayuda alguna, había creado el lenguaje.” Esta es una frase que expresa una confesión y al tiempo un fracaso intelectual enorme.

No se trata de afirmar que la tendencia dominante piense que la capacidad humana para el lenguaje sea genética ni que el lenguaje evolucionó como resultado de la selección natural, algo que Chomsky y Stephen Jay Gould niegan, sino que es muy posible que, como afirman entre otros Pinker y Bloom, haya compatibilidad entre la evolución darwiniana y la gramática universal de Chomsky. Por otro lado, no solo hay áreas que han sido seleccionadas (de Broca y Wernicke) sino que muchas zonas cerebrales, como las estructuras subcorticales, están implicadas en la sintaxis, el léxico, la gestualidad, etc. El gen FOXP2 vinculado al habla existe también en otros animales, como pájaros y ratones, y se remonta a unos cuatrocientos mil años. Son pocos los científicos que niegan que el lenguaje y los genes estén relacionados, pero hay escasas pruebas de que el lenguaje esté codificado

genéticamente, y son muchos los que piensan, como nos cuenta Christine Kenneally en su magnífico libro *La primera palabra*, que “la capacidad humana del lenguaje es un sistema adaptativo emergente creado por un mecanismo cognitivo básico, en vez de un módulo lingüístico producido genéticamente”. Así pues, que la recursividad verbal (la mental parece universal) no forme parte de la totalidad de los idiomas conocidos no significa que el lenguaje no sea en parte innato, de ahí que los niños nazcan, en cualquier lugar del mundo, con capacidad para aprender la lengua de sus padres, a veces antes casi que caminar. El lenguaje no es una bombilla ni un coche, ambos sin duda productos de la técnica, sino una *capacidad* cerebral que ha sido seleccionada por la evolución, aunque no esté marcada por ella, y que, sin duda, el ser humano ha desarrollado de manera hiperbólica. No tengo espacio para desmontar un puñado de groserías intelectuales más de Wolfe, solo señalar que hacemos solos muy pocas cosas y que la resistencia al significado de lo genético forma parte de nuestra soberbia antropocéntrica y del narcisismo de nuestra singularidad. Lo somos, sí, pero no significa mejores ni mejores en todo. Muchos animales solucionan asuntos complejos mejor que nosotros, y los grandes pianistas y tenistas, por ejemplo, alcanzan sus triunfos apoyados en los logros cerebrales de millones de años, más allá de nuestra especie... Cuando al final de este libro, con el que cerró su vida, Tom Wolfe afirma que “el lenguaje no solo ha puesto fin a la evolución en el hombre, haciéndola ya innecesaria para la supervivencia, sino también a la evolución

de los animales”, no sabía en absoluto lo que estaba diciendo, aunque nosotros sí sabemos algo de lo que le pasaba por la cabeza. —

JUAN MALPARTIDA es escritor y director de *Cuadernos Hispanoamericanos*. En 2018 publicó *Antonio Machado. Vida y pensamiento de un poeta* (Fórcola).



VARIA

El testamento de Homero Aridjis



Homero Aridjis
EL TESTAMENTO DEL DRAGÓN
Ciudad de México, Alfaguara, 2018, 512 pp.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

“¿Cómo vivir con Homero?” se pregunta Homero Aridjis en *El testamento del Dragón*. Si la pregunta es, de manera inevitable, megalomaniaca, la respuesta del hijo de Nicias Aridjis Theologos —inmigrante griego llegado a Michoacán en 1922 y casado con la mexicana Josefina Fuentes— es amable en un poeta cuyo sentido ha de resumirse, según Guillermo Sucre, en una sola línea: “El único milagro es el de la Creación / lo demás es anecdótico.”¹ “Esa pregunta”, responde Aridjis, “me la hice en mi adolescencia, porque el nombre de Homero era para mí un destino y porque me preocupaba saber que había estado ciego. Lo de la ceguera se me volvió una preocupación cuando una periodista al hablar de mi padre, en lugar de decir que era griego, dijo que era ciego. Obsesionado por la posibilidad de

quedarme ciego, como si fuera una reencarnación del hombre del cual llevaba el nombre, me preguntaba cuándo perdería la vista; yo, que consideraba el don de ver la belleza del mundo y de los seres el más grande don que puede tener un ser humano. La confusión con el poeta clásico surgió en mi pueblo cuando íbamos mi esposa Betty, mis hijas Chloe y Eva Sofía camino del cerro Altamirano, y un campesino que atravesaba los campos me llamó con el diminutivo que mis padres me decían de niño: ‘Homerito, leí tu libro.’ ‘¿Cuál?’, pregunté. ‘*La Ilíada*.’ ‘¿Cómo lo leíste?’ ‘¡Me lo dieron a leer en la escuela!’ ‘¿Qué bien, ¿te gustó?’ ‘¿Cuándo escribes otro?’ ‘Lo estoy escribiendo.’ ‘¿Cómo se llama?’ ‘*La Odisea*’.”²

Además de encontrar en su natal Contepec al campesino lector de *La Ilíada* soñado por Vasconcelos, Aridjis pinta ahí —pues es de los poetas devotos de la pintura— una escena primordial en su biografía literaria. El autor de *El poeta niño* (1971) no podía sino aspirar a escribir una cosmología, predestinado desde el bautismo a responder, con Ernest Renan, a la pregunta de Hölderlin sobre el destino de Grecia: “Atenas yace oculta en el hombre moderno”, tal cual está citado en *El testamento del Dragón*.³ Cajón de sastre, autoantología de aforismos, poemas, sueños, pensamientos, ocurrencias y notas de lectura, dispuesto alfabéticamente como los libros recalentados en ese sazón por Czesław Miłosz o por Carlos Fuentes, esta enorme “materia de testamento” —diría Gonzalo Rojas— de Aridjis prueba que un poeta moderno no puede escribir una cosmología pero sí, en cambio, ex-

presar con tozudez, anhelo y hasta alegría, esa nostalgia.

Ese gusto por la totalidad (véase el primer poema de *Del cielo y de sus maravillas, de la tierra y sus miserias*, libro de 2013 que desde el título delata la ansiedad cosmológica del poeta) recorre, para bien y para mal, toda la obra de Aridjis. Ha sido uno de nuestros poetas eróticos más plenos, aun en contra de sí mismo, y la suya bien puede ser considerada, a su vez, como una *rusticatio apocalíptica*, pues a la nostalgia infantil por la tierra nativa y el astro rey (al cual dedicó *Los poemas solares* en 2005) que la ilumina, Aridjis contrapone el lado oscuro del hombre, su capacidad para destruir el planeta, ya sea mediante el calcinante ecocidio o la guerra nuclear con su último hombre, el sobreviviente, ya presente en las pesadillas ideológicas de Revueltas.

Mala cosa fue en Aridjis el encuentro entre la ambición cosmológica del poeta y la militancia ecologista del influyente ambientalista que ha sido en su activa vida civil, pues esa indignación lo llevó a escribir novelas donde, a la manera del *Cristóbal Nonato*, de Fuentes, y sus sucedáneas, no se necesita otra cosa para narrar que la indignada caricatura del desastre mexicano. Si antes de las guerras narcas de esta década México —por haber sido escenario de la conquista de 1521 y de toda clase de desgracias políticas y naturales en las cuales estamos lejos de tener el monopolio— ya era materia apocalíptica en la poesía de José Emilio Pacheco y en algunas de las novelas de José Agustín, Hugo Hiriart o Guillermo Sheridan, un Aridjis —como el último Fuentes, insistióse tomó, en prosa, libertades infantiles que incluían viajes ida y vuelta al Mictlán, lo cual resultaba casi siempre en un reprochable lirismo

¹ Guillermo Sucre, *La máscara, la transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*, Ciudad de México, FCE, 1985, p. 315.

² Homero Aridjis, *El testamento del Dragón*, op. cit., p. 212.

³ *Ibid.*, p. 192.

periodístico. La guerra de Troya nunca será ecológica.

Si la novela y la cosmología no se llevan, el dolor de Aridjis por la devastación de esa fauna, que en *Mirándola dormir* (1964) rodeaba el cuello de la amada, aparece —de libro en libro y a través de hermosos poemas en prosa y en verso— a lo largo de su poesía. El suyo es, a su manera, otro manual de zoología fantástica, como puede leerse, fragmentariamente, en *El testamento del Dragón*. Las criaturas predilectas de Aridjis son los ángeles y Swedenborg, algo más que su lectura de cabecera. El vidente sueco, tan urbano, convirtió a Aridjis en un creyente en que Dios no se lleva a nadie al infierno. Pero ese sitio, a diferencia de la hipótesis con la que batallaron Lezama Lima y la gente católica de Orígenes, no está vacío. Al averno, según Swedenborg, se dirigen, soliviantados por su libre albedrío, numerosos espíritus malignos a los cuales Aridjis también pasa lista en *El testamento del Dragón*, pues todo esbozo de cosmología digno de serlo incluye, sellados, sus capítulos demonológicos en donde atisbamos la figura tan temida de Huitzilopochtli: “Nació feroz, ni quien lo dude” (*Diario de sueños*, 2011).

Las criaturas convocadas en *El testamento del Dragón* van desde los amantes de *Mirándola dormir* expulsados por Aridjis de sus recopilaciones canónicas, las piezas del ajedrez aprendidas a dominar con Arreola, las Hijas Sombrías de William Blake (otro de sus penates, junto a Rilke), Durero autorretratado y el Dragón desahogado de Sebastián de Covarrubias, la Mariposa Monarca de la cual es Quijote y custodio, la Belleza díscola que a Pound solo le envió a sus doncellas, las niñas congeladas en las fotografías de Lewis Carroll, los perros de Petronio

y todos aquellos canes corriendo por las playas sin saber que han perdido su sombra, hasta los árboles que al ser talados se llevan, con el oxígeno, a los bosques encantados de la literatura infantil.

También aparecen en este gran cuaderno de notas Paul Celan en los campos de concentración, las criaturas de Eckhart hablándole a un Dios que es y no es el de Spinoza o Descartes, junto a “los dobles [que] en las mitologías me obsesionan”,⁴ la terrible luna de Heine y Nicias huyendo por las calles en llamas de Esmirna. “Un fantasma es aquel que ve al barco de la vida alejarse de la costa sabiendo que ya no es un pasajero”,⁵ anota Aridjis en *El testamento del Dragón*, en la letra F del libro, donde asoman las flores de Nezahualcōyotl. Seguirá la cita referida a su amado Giorgione, los libros abiertos y las mujeres amadas desplegadas en *Ajedrez-Navegaciones*, que me regaló mi padre y aún atesorado, Poe en el espejo de Munch, “el sistema político mexicano [que] es el más ecologista del mundo [pues] recicla la basura”,⁶ Virgilio en el limbo y los volcanes en el Valle de México.

Un libro escrito a lo largo de una vida como *El testamento del Dragón* posee la nobleza de los antiguos tratados sapienciales: dondequiera que se abren nos instruyen e iluminan sin ensombrecer. Pero este legado deja un sabor agrídule. Es el dichoso testamento de un lector erudito y la confesión del fracaso del poeta como cosmólogo. Acaso Aridjis (1940) hubiese querido escribir un tratado de las mitologías como el de Yves Bonnefoy, quien tanto lo admiró (y con él Buñuel, Paz, Le Clézio,

Jodorowsky, Elie Wiesel), quizás una historia comparada de las órdenes angelicales, del cielo estrellado y de la ley moral que, uno junto a la otra, conmovían a Kant; del mundo azteca cuya cocina de hombres le fascina y le aterra a su generación, pues “Somos hijos de dioses crueles. / De nada sirve ver sus pirámides derruidas” (*Diario de sueños*); de Joaquín de Fiore como adelantado del ecologismo; de la gramática de Nebrija y de la tradición lírica castellana tan bien leída; de la cábala y su simbolismo según Scholem o Borges, pero, al final, *El testamento del Dragón* expresa todo aquello que fue anotado como *marginalia* y abandonado en calidad de residuo de los sueños en los que tanto confía, como ambrosía poética, Aridjis: “Soñé que estaba delante del Muy Alto / Y no se me ocurría decirle nada” (*Diario de sueños*).

Libros como *El testamento del Dragón* solo atisban, fatalmente, esa sabiduría de *La Ilíada* y *La Odisea*, que para Homero Aridjis, como para cualquiera de sus lectores, nunca revelará el secreto de su fama y de su fortuna, de su idilio con el tiempo. Queda el fragmento, como acaso lo sospechó Heráclito de Éfeso. Pero qué importa si la cosmología entera cabe en unos pocos versos —atributo intransferible del poeta— como aquellos donde Homero de Contepec recuerda: “La casa de mi infancia no tenía paredes, / era tan diminuta que cabía en una mano. / El pueblo era tan pequeño / que comenzaba y terminaba en el cielo” (*La poesía llama*, 2018).⁷ —

⁷ *Ibid.*, p. 83.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es escritor y crítico literario. Su libro más reciente es *Bolaño, Benjamin, Walser. Três ensaios* (Papéis Selvagens, 2017).

⁴ *Ibid.*, p. 137.

⁵ *Ibid.*, p. 167.

⁶ *Ibid.*, p. 405.